

ACERCA DEL CONCEPTO FORMACIÓN Y SU CARÁCTER NARRATIVO

JUAN CARLOS RAMÍREZ ROBLEDO

Universidad Intercontinental

RESUMEN: Se toma como punto de partida la necesidad de resignificar el concepto de formación a partir de los referentes de la hermenéutica y, de manera específica, de la Teoría del texto de Paul Ricœur. Se analiza la evolución del concepto *Bildung* del romanticismo alemán, se propone un enfoque que valore la relación oscilante entre los componentes internos y externos del proceso formativo y se argumenta que esta relación depende de la manera como se concibe al sujeto y a la cultura, por ello se hace una revisión de cómo han evolucio-

nado estos conceptos. Desde este marco se propone una extensión de la hermenéutica de Ricœur sobre el texto como relato a la historia de vida del sujeto en formación, debido a que considera que conserva la mayoría de las características de esa estructura narrativa. En este sentido se proponen fases del proceso formativo de manera análoga a la *Triple mimesis* de Ricœur y se explican los componentes que intervienen en cada una de ellas

PALABRAS CLAVE: Formación, Cultura, Hermenéutica, Narrativa y Ricœur.

Introducción

En la disciplina pedagógica, la formación es un término habitual para referirse a prácticas educativas de muy diverso signo, sin que muchas veces sea explícito la manera como la definen los responsables de su desarrollo. La formación se presenta en estos ámbitos como un hecho evidente y un cometido loable, pero no como un objeto diferenciado y particular de los procesos educativos que ameritara una praxis específica. Según se quiera ver, es una práctica sin claridad conceptual o un concepto sin asideros metodológicos.

En este orden de ideas, el trabajo que presento toma como punto de partida la necesidad de resignificar el concepto de formación; esto implica un acercamiento a la noción alemana de *Bildung*, que históricamente ha estado asociado al pensamiento sobre este concepto y que comparte algunos presupuestos hermenéuticos. En este sentido, me propongo hacer explícito el vínculo estrecho entre la interioridad del sujeto y la cultura, y caracterizar este proceso como un derrotero personal acompañante en la evolución de la vida que

requiere del esfuerzo del sujeto en el proceso de configuración de sí. De esta manera, considero pertinente emprender el análisis de la formación a partir de los referentes de la hermenéutica de Paul Ricœur, que permiten proponer la conformación del sentido existencial del sujeto como un proceder interpretativo y narrativo frente su trayecto y su proyecto de vida.

Marco teórico de referencia

Formación como *Bildung*

Se puede señalar que la clave que permite identificar la concepción del proceso formativo en los románticos alemanes radica en la visión que se tiene de la relación entre la interioridad y la exterioridad. Esos componentes no sólo son el origen etimológico del término *Bildung*, sino que reflejan los vaivenes que tuvieron en su trayectoria conceptual. En la Mística Medieval, el Primer Humanismo y en Hegel se acentúa el polo externo, mientras que en el Neohumanismo, la Ilustración, en el Movimiento *Sturm und Drang* y en Humboldt se enfatiza el interno. En Herder, Goethe y los primeros románticos —en particular en F. Schlegel— se puede reconocer la manifestación de su repercusión mutua y el esfuerzo por impulsar su equilibrio.

Por mi parte, asumo la posición de estos últimos, aunque hago énfasis en el carácter dinámico de esta superada dicotomía entre lo interno y lo externo. Mi enfoque sitúa como núcleo del proceso formativo el sentido oscilante y cíclico entre estos dos componentes esenciales. Lo que valoro es la idea de que la formación no es la suma de esos componentes ni su progresión, sino la relación entre ellos. Como argumentaré a continuación la manera como se imagina la relación entre interioridad y exterioridad depende de cómo se concibe al sujeto y a la cultura.

La evolución del concepto interioridad

La concepción de la interioridad del Romanticismo acentúa que el acceso al orden de las cosas creadas es primordialmente interior. La verdad que se encuentra en la naturaleza no es un hecho evidente para el sujeto, sino que requiere un proceso introspectivo. A partir de esta idea romántica, se hará una crítica a la hegemonía de la razón instrumental de la modernidad por fomentar la fragmentación de lo humano pero, sobre todo, se dará un giro subjetivista al orden natural, porque se destacará que la realización de la naturaleza de cada individuo es una forma de expresión. En este «expresionismo romántico» reco-

nozco una simiente formativa debido a que, si la naturaleza es una fuente intrínseca, entonces el sujeto debe seguir lo que está dentro de sí, sin confiar en encontrar modelos externos. La naturaleza marca la originalidad del sujeto y su «voz interior» establece un camino singular que cada sujeto debe transitar.

La filosofía del siglo XX se puede entender en gran medida como una reacción frente a las pretensiones de autorreflexivas del sujeto y su autoconcepto de fundamento absoluto del mundo. Destaco en estas reacciones la propuesta de Ricœur debido a su peculiaridad de pretender una superación de la modernidad, al tiempo que da continuación a la tesis que le da origen: el *cogito* cartesiano. De tal suerte que, para Ricœur (2003a) el *cogito* no perece, sino que se ve apremiado una metamorfosis hermenéutica. La clave de esta transformación es la redefinición de la reflexión como un «esfuerzo de existir». La autorreflexión no queda anulada sino es diferida: el camino reflexivo del sujeto no va directamente a su interioridad, sino que toma una «vía larga»; el horizonte sigue siendo la hermenéutica del «yo soy», pero ésta se realiza a través del rodeo por los símbolos de la cultura de referencia del sujeto. Por ello, la reflexión no es sólo un método o sólo una autorepresentación del yo: es una apropiación del sí mismo.

La evolución del concepto cultura

El concepto clásico de cultura corresponde a una manera de concebir la formación como una práctica de moldeado; así se propone impulsar un proceso por medio del cual el ser humano se vaya pareciendo cada vez más a ese prototipo. La formación, desde este enfoque, es un esfuerzo de «ennoblecer» las facultades innatas del ser humano conforme a los valores y las metas sociales óptimos, que han sido sancionados por la colectividad. Si se concibe la cultura como un modelo, los significados personales tienen pocas posibilidades de expresión creativa y desarrollo autónomo pues deben adaptarse inflexiblemente a los significados del entorno sociocultural.

La concepción estructural toma una dirección que, en su postura más radical, invalida al sujeto como fuente de las significaciones, porque la estructura prevalece sobre él determinando sus acciones sociales. De este modo, los procesos educativos se comprenden como la comunicación de una «herencia cultural» de una generación adulta a una joven y como la formación de la personalidad desde la regularidad del grupo al que pertenece. Si se concibe la cultura como estructura, el sujeto la vive como una trama de sentido que lo

trasciende, y no como una mediación que permita un equilibrio entre su experiencia subjetiva y los significados del entorno.

En contraste, la concepción de cultura como simbolización permite una visión renovada del proceso formativo cuyo cometido sea volver inteligible la experiencia cotidiana que ya es significativa para quienes la viven. La simbolización permite la reconfiguración cultural del mundo; es, por tanto, un proceso creativo que no impone la estructura de significados, sino propone un diálogo con el entorno sociocultural. Si se concibe la cultura como simbolización se le considera un sistema de significados que opera como representación simbólica del devenir vital del sujeto y a través de la cual se interacciona creativamente con la sociedad.

La cultura como praxis permite la expresión de la dualidad de la experiencia humana, constituida tanto por significados individuales como colectivos. De este modo, se mantiene un equilibrio entre el entramado de significaciones que tiene validez supraindividual y las significaciones individuales que no se pierden en la realidad cultural, por encontrarse a la misma distancia entre el fundamento objetivo de la experiencia subjetiva y la apropiación subjetiva del mundo. Si se concibe la cultura como praxis, la formación es un proceso de configuración del sujeto oscilante entre la realidad subjetiva interna y el entramado de significaciones sociales.

En este orden de ideas, las concepciones de cultura como simbolización y como praxis son indispensables para el proceso formativo en el cual cobra gran relevancia la resignificación personal de los elementos simbólicos de la cultura a través de la praxis del sujeto. Esta articulación entre la formación y la cultura se lleva a cabo a través de procesos hermenéuticos. En esta investigación me he concentrado en la propuesta hermenéutica de Ricœur, especialmente por la caracterización narrativa que haré del proceso formativo y en relación con su Teoría del Texto (Ricœur, 2002).

Presupuestos hermenéuticos de la formación

La renovación de la reflexión hermenéutica en el siglo XX ha influido de tal manera en el pensamiento social que ha provocado que se configure una comprensión de los fenómenos sociales como «textos», cuyo valor y significado viene dado por la interpretación que de ellos hacen los sujetos. Este cambio de orientación se generó de manera simultánea en un gran número de disciplinas sociales. En el campo educativo, el «giro narrativo» se

ha presentado de dos maneras: por un lado, se pusieron en auge los estudios de etnografía educativa y aquellos con los que se indaga la dimensión personal como un factor crucial en los modos en que los agentes y actores educativos construyen y desarrollan sus experiencias en las aulas; por otro lado, se reconsideró la educación como un proceso de construcción de la identidad y, específicamente, de una identidad narrativa.

Recupero la noción de texto de Ricœur como idea de “composición y organización que permite extender al discurso los métodos estructurales que anteriormente sólo se aplicaban a los aspectos estrictamente lingüísticos” (2002:28). El texto como paradigma de la distancia hermenéutica entre el autor y su lector, permite a Ricœur explicar los pasos de la configuración del relato en el texto a la refiguración del mundo real del lector fuera del texto a través de una *Triple mimesis* (prefiguración, configuración y refiguración).

En este marco deseo proponer una extensión de las implicaciones de la hermenéutica de Ricœur sobre el texto —como relato— a la historia de vida del sujeto en formación que, sin llegar a ser un texto estrictamente un escrito, conserva la mayoría de esas características en su estructura narrativa. De tal suerte, puedo señalar que la tarea formativa consiste en que el sujeto se atreva a construir su propio «texto vital» a partir del «texto que lee». Esto vale tanto para el acto de la lectura propiamente dicho como para la actividad de leer, interpretar y tratar de traducir los signos que emite el «texto del mundo». La lectura, entonces, aparece a los ojos del sujeto como una «mediación» que permite comprender el mundo —su mundo—. En definitiva, entiendo la formación como la configuración de una identidad personal al modo de la elaboración de un argumento —de una trama— en una narración. A este modo narrativo de enfocar la configuración del sí mismo lo denomino la «textualidad» de la formación.

Fases y componentes del proceso formativo

La *Triple mimesis* permite construir el «entramado del texto». Valoro el empleo del término «entramado» por su conexión con el significado etimológico de «textus», palabra latina que equivale a tejido, entrelazado o contextura, y que será el sentido que utilice para explicar las fases de la formación.

Pre-texto

Denomino a la primera fase del proceso formativo «Pre-texto» ya que constituye las condiciones estructurales y temporales que prefiguran las capacidades para la comprensión

de la trama formativa. Estas condiciones, que son análogas a la *mimesis I*, de Ricœur corresponden a los factores de la interioridad del sujeto que se ponen en juego al comienzo de su formación.

Subjetividad

La formación está referida a la experiencia de vida del sujeto; por ello, no existe sin su intervención activa en la tarea de comprensión de sí. Así pues, la formación es un proceso de configuración de sí mismo en un ambiente de intersubjetividad.

Autocomprensión

La reflexión sobre sí mismo es una tarea creativa y oscilante entre la interioridad y exterioridad, porque se configura en el contraste entre los signos individuales y los que aporta en el entorno sociocultural. Dichos signos no se presentan al sujeto como una «revelación» o como una «autocerteza», sino como materiales simbólicos dispersos que requieren de un «acopio reflexivo».

Finitud

La finitud representa una de las condiciones estructurales de la naturaleza humana que describe al hombre y a la mujer como seres que nunca son de modo definitivo. Esta provisionalidad obliga al ser humano a una incesante relectura y recontextualización de sus opciones y decisiones, que lo hacen un constante aprendiz, pero también permiten reconocer la provisionalidad de los parámetros que definen lo humano, porque no constituyen definiciones «definitivas» o «correctas» —menos aun «la esencia» de lo humano— sino aquellos modos de vida que son sancionados como los «adecuados» en el seno de la colectividad de referencia del sujeto.

Con-texto

El «Con-texto» completa la *mimesis I*, pues ofrece las aptitudes para comprender las mediaciones simbólicas de la acción; esta segunda fase, por lo tanto, ofrece las reglas de significación según las cuales se pueden comprender e interpretar la conducta humana en la cultura de referencia. Estos factores inciden en el diálogo cultural como proceso formativo.

Cronotopo

En la formación, como labor introspectiva y como recuperación de las señas de identidad en la trayectoria de vida del sujeto, se articula con los símbolos del entramado cultural.

Por lo que se requiere que en su relación con la temporalidad, la espacialidad sea más que geografía para que, en los términos de Leonor Arfuch (2005), se constituya en «espacio biográfico» y se configure el «camino de la vida» con su doble significación de trayectoria temporal y espacial. Porque nuestro existir es siempre «estar en espacio», las diferentes maneras de existir provienen de diferentes maneras de estar en él.

Morada

La morada es más que el sitio donde se vive; es, sobre todo, una realidad simbólica que sustenta la cotidianidad y significa el mundo que rodea al individuo. Es, sin duda, un constituyente de la identidad, porque para cada persona la casa es una experiencia existencial primaria. Desde luego que esta manera de concebir la morada trasciende una mirada funcionalista atenta a sus condiciones materiales, o ceñida a la idea de la casa como construcción, para hacer énfasis en sus características de proximidad y familiaridad.

Alteridad

La comprensión de sí se da a través de la relación con los otros, en cuanto proceso de intersubjetividad. Por ello, la formación como posibilidad de conformación del ser humano, se significa a partir de una configuración personal en lo social y cultural. Así el «otro» aparece como el espejo ineludible de nuestros actos, como interlocutor indispensable. No hay comprensión de sí mismo fuera del desdoblamiento de uno mismo: debo verme «como otro» para comprenderme.

Texto

La tercera fase es análoga a la *mimesis II*, la cual consiste en una configuración dinámica de la trama a través de la integración de factores estructurales, temporales y simbólicos. La denomino «Texto» por ser una creación narrativa del sujeto que condensa su trayecto y proyecto de vida en una trama comprensiva que da dirección e impulsa su esfuerzo formativo y que tiene el valor de señas de identificación.

Narratividad

Las formas que adquiere el relato según la teoría narrativa, apuntan ya a una descripción de la manera como la narración contribuye al esfuerzo formativo del sujeto, en lo que he nombrado «textualidad» de la formación. Denomino «Pró-tesis» al relato del proyecto formativo en la narración autobiográfica del sujeto. El uso del término tiene una doble motivación: por un lado, deseo con él enfatizar su sentido de dispositivo que funciona como

andamiaje y provee sostén a los esfuerzos formativos del sujeto; por otro lado, me permite subrayar que el proyecto formativo está constituido por ideas o proposiciones sobre el sujeto que sirven de afirmación de su proceso y que lo impulsan. La «Pró-tesis» es el dispositivo que logra esa «trama comprensiva» de la historia de vida del sujeto y de sus aspiraciones formativas, además de ser un relato que da dirección al proyecto formativo y permite sostener el esfuerzo del sujeto durante el proceso.

Inter-texto

El «Inter-texto» señala la recomposición del proyecto formativo del sujeto al llevarlo a la acción. Es semejante a la *mimesis III* en cuanto que la trama constituida en el proyecto se reconfigura al ponerse en contacto con el mundo cultural y en la interacción con otros sujetos. La última fase del proceso pone en relación la formación con la identidad narrativa del sujeto, por ser una «puesta en acción» de las señas de identificación.

Reflexividad

Debido a que se sufre una «diáspora de sí mismo» en el devenir vital cotidiano, el conocimiento de sí es una tarea —un esfuerzo— en el cual la reflexión genera una actividad de recuperación de los signos dispersos en el actuar humano. El sujeto va recobrando sus «señas de identidad» a través del rodeo por los símbolos de la cultura de referencia. No sólo es una interpretación de los signos vitales que dan cuenta de la condición humana, sino el prolongado «peregrinar» en esta «diáspora personal» que significa la autocomprensión mediada por la cultura. Es en este sentido que la reflexión cobra relevancia en el proceso formativo.

A modo de conclusión

En esta reflexión he querido realizar un aporte a la filosofía educativa presentando una caracterización de la formación que atiende la opacidad conceptual de algunas prácticas educativas vigentes. De este modo, el proceso formativo no lo identifiqué como algo que hay que «dejar obrar» —como un simple dejar evolucionar lo que el sujeto ya tiene en potencia dentro sí—, sino como una tarea por emprender. Derive de Ricœur esta manera de entender la labor formativo como la configuración de una identidad personal a la manera de elaboración de una trama; de tal suerte que propuse una extensión de las implicaciones hermenéuticas de su Teoría del Texto, al considerar que la historia de vida del sujeto conserva la mayoría de las características narrativas de un texto escrito, y

presentando las fases del proceso formativo de manera análogas a la *Triple mimesis* de Ricœur.

Referencias bibliográficas

Arfuch, Leonor (2005), *Pensar este tiempo. Espacios, afectos y pertenencias*, Paidós, Buenos Aires.

Bárcena, Fernando; Mèlich, Joan-Carles (2000), *La educación como acontecimiento ético. Natalidad, narración y hospitalidad*, Paidós, Barcelona.

Bauman, Zygmunt (2002), *Cultura como praxis*, Paidós, Barcelona.

Ricœur, Paul (2000), *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*, 3ª ed., FCE, México.

————— (2002), *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*, 2ª ed., FCE, México.

————— (2003), *El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica*, F. C. E., Buenos Aires.

————— (2009), *Escritos y conferencias alrededor del psicoanálisis*, Siglo XXI, México.

Yurén, María Teresa (2000), *Formación y puesta a distancia. Su dimensión ética*, Paidós, México.